

Luces y sombras de «La desmodernización lacaniana de Freud»



JORGE BAÑOS ORELLANA¹

Cincuenta años atrás, la publicación de *Introducción al estudio de las perversiones: La teoría del Edipo en Freud y Lacan*, de Hugo B. Bleichmar (1976), resultó para muchos el primer acceso legible a la enseñanza de Lacan. Pero era un bombón envenenado, relleno de advertencias maliciosas. Recordemos la más retumbante:

[Hay] un profundo equívoco de la escuela lacaniana respecto al concepto de Yo. Concordamos con ellos cuando hacen del Yo el lugar del desconocimiento, pero consideramos mutilante, con respecto al planteo freudiano, el equiparar el concepto de Yo con el de «Yo-representación» y de dejar de lado totalmente el «Yo-función». En Freud el Yo designa tanto a uno como a otro. Que el sujeto tenga un «Yo-representación», que lo engañe respecto a quién es él, que la representación oficial de sí suponga una alienación básica con respecto a su ser, que en consecuencia el término Yo resulte connotado negativamente, que sea mala palabra, no nos debe hacer desplazar esa valoración negativa a las funciones del Yo y no querer saber nada de su estudio. [...] A nuestro juicio el error radica en que la homonimia le dificulta ver las diferencias. (pp. 124-125)

1 Miembro de la École Lacanienne de Psychanalyse, París, Francia. jorge.banosorellana@gmail.com

Lacan, víctima candorosa de una homonimia elemental... ¿En serio? Es imprudente considerarlo corto de entendederas. No sorprende, entonces, que las réplicas a la admonición de Bleichmar se hayan convertido en la lección nº1 del ABC de la transmisión lacaniana, cometiendo no pocas veces el error recíproco, el de argumentar negligentemente o tildar de nulos a quienes atienden a esa impugnación. Al respecto, el artículo de Bruno Cancio está entre sus dilucidaciones más estudiosas y amables.

Los lectores cautos dirán que, para enaltecer a Lacan, *la desmodernización lacaniana de Freud* carga las tintas sobre Freud, citando unilateralmente los momentos de enaltecimiento del *Real-Ich* o el *Realität-Ich definitivo*: esa instancia que se jacta de ser dueña y señora de la percepción, la memoria y el pensamiento, y que Bleichmar llamaba «Yo-función». Pero esos lectores yerran, pues no hay esclarecimiento cuya luz no arroje sombras. Además, tales momentos no son escasos. La asertividad, por ejemplo, de este párrafo de *Esquema del psicoanálisis* (Freud, 1939/1980) es indisimulable:

La instancia psíquica que creemos conocer mejor y en la cual nos discernimos por excelencia a nosotros mismos, el llamado *yo*, [...] por su dispositivo para recibir estímulos y apartarlos permanece en contacto directo con el mundo exterior (la *realidad objetiva*). Partiendo de la percepción consciente, [...] su operación constructiva consiste en interpolar entre exigencia pulsional y acción satisfaciente la actividad del pensar, que trata de colegir el éxito de las empresas intentadas mediante unas acciones tentaleantes, tras orientarse en el presente y valorizar experiencias anteriores. (p. 200)

Cancio tuvo la consideración de no citar estas líneas, aunque vienen como anillo al dedo a su designio de emplazar a Freud en la saga de la filosofía moderna, con Descartes como heraldo y el *Yo pienso...* de centro gravitacional. Es la clave de bóveda de la edificación teórica y práctica que Lacan derrumbaría, «desmodernizaría», según alega el artículo pormenorizadamente.

Desde luego, Lacan se mofaba del pensamiento y la memoria, pensando muy sutilmente y sacando ventaja de una memoria prodi-

giosa. Y cuando dibujaba planitos para que los interesados llegaran a su seminario sin perderse por los edificios y jardines del hospital Sainte-Anne, él estaba de acuerdo en que la representación puede remitir inequívocamente al referente. Pero poner en tela de juicio estas certezas del sentido común y la pedagogía no fue jamás el propósito de sus bravatas, sino el de recordar a los analistas que su tarea difiere de la de educar las funciones de la psicología de la conciencia: si acaso se fortalecen producto de un análisis, es por añadidura. Ahí se inscribe, a mi parecer, la proposición reservada por Bruno Cancio para el cierre: «Lacan *desmoderniza* la obra de Freud en tanto la *despsicologiza*».

Sensibilidades menos inclinadas a la contraposición mediarán que, antes de la aparición de Lacan, Sigmund Freud ya había en buena medida desmodernizado a Descartes y reprobado por adelantado la *Ego psychology*. ¿No va, acaso, por ahí la divisa lacaniana del «retorno a Freud»? Quizás esta observación reste contundencia a las notas más estridentes del artículo de Cancio, pero nada a sus aciertos. ♦

BIBLIOGRAFÍA

Bleichmar, H. B. (1976). *Introducción al estudio de las perversiones: La teoría del Edipo en Freud y Lacan*. Helguero.

Freud, S. (1980). Esquema del psicoanálisis. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 23). Amorrotu. (Trabajo original publicado en 1939).